

Las sombras del amanecer (Nostalgias de un viejo médico rural)

El anciano abandona el lecho dirigiéndose con paso inseguro hacia la cocina. Se deja conducir por la tenue claridad filtrada a través de las rendijas de la persiana; el amanecer, por fin, deja de ser promesa, se retiran las sombras que le observan apretadas desde los rincones. La aurora define sus momentos preferidos, tiempo en suspenso en el que sentado frente a la ventana que da al antiguo huerto, superficie escasa ahora convertida en jardín, se deja envolver por el creciente baño de luz que le permite mirar hacia sí mismo con la seguridad de sentirse vivo, embalsar el pensamiento tolerando que únicamente la imagen del recuerdo ocupe la mente.

Se prepara despacio la jarrita de vino templado endulzado con miel, desayuno único desde aquellos lejanos años de juventud, desde los primeros tiempos de estudiante en una ciudad que se tragó su vida y en la nunca se sintió a gusto; él siempre conservó el alma campesina de la montaña. Observa que el nivel en la cubeta roza el mínimo, es necesario rellenar con las reservas almacenadas en el sótano, allí conserva dos arrobas largas de líquido atesorado en madera que no admite humedecerse con cualquier vino, barrica que ya era vieja cuando la reparó el abuelo, espíritu vegetal aprisionado en las encinas extremeñas: únicamente permite el producto bronco nacido en las laderas tocadas por el aliento reseco de las cumbres. Y aquél, negro como las noches de Goya, procede de viña familiar, cepas sin tiempo con raigones que ya producían cuando los franceses arrasaron los campos en una guerra falsamente llamada de la Independencia, guerra que acabó por hundir los restos del naufragio en que se había convertido España. Descabezaron industrias punteras: en Béjar, destrucción programada, arrasaron hasta los cimientos los más de cien telares que surtían a toda Europa, Liverpool y Manchester rápidamente ocuparon el vacío. Y se marcharon cargados de agradecimiento. En la miel no es menos exigente, las yuntas deben ser igualadas: procede de las colmenas del rebollar, terreno pedregoso en el que las abejas transformaban el néctar destilado por el bosque en una cascada oscurecida de sabor único.

Entre la bruma que se levanta del río se perfila la silueta de la torre de la Iglesia; allí, apenas entrevista, marcada en el hueco de la campana, emerge la sombra descarnada de Leonardo, el amigo de la niñez, la penumbra más oscura, recuerdo rescatado del abismo...

Leonardo se precipitó por el hueco de la torre, desde lo más alto, intentaba llegar a un nido de abejaruco: cedió el tablón sobre el que pisaba, la piedra de apoyo estaba suelta, apenas sujeta en el hueco de la pared. Aterrizó sobre el montón de materiales de construcción apilados junto a la pared por los jornaleros que reparaban el tejado; un tubo de andamio le atravesó por completo,

penetró por la espalda emergiendo por el vientre. Fue el anciano médico, su amigo y compañero de pupitre en la escuela, quien la noche anterior aflojó la lancha de piedra hasta dejarla casi en el aire. Recuerdo que hace asomar la sonrisa.

Leonardo le había confesado que iba a subir al nido, luego estrellaría los huevos en alguna pared, sin otra finalidad que el simple placer de hacerlo. El mal nacido de Leonardo ya no haría sufrir más a los animales: se acabaron los gatos con los ojos vaciados, los perros atravesados por flechas y luego enterrados todavía con vida, los pajarillos clavados aún revoloteando en algún agujero de hormigas rojas... El anciano médico se ve a sí mismo abriéndose paso hasta la primera fila de mujeres gritando, momento extraño teñido por rojo de sangre: entonces arribó a su mente la imagen de las pinturas que vio en una cueva de la sierra, se las mostró Salus, el ganadero amigo de su padre. Se entraba por una hendidura estrecha, una persona normal debía deslizarse de lado, un pasadizo de apenas cinco metros conducía hasta una oquedad abierta en la roca. Y allí estaban: figuras trazadas en rojo aprovechando de forma magistral las irregularidades de la piedra dando sensación de vida, de movimiento al ser contempladas por el observador. Caballos y bisontes, pocas figuras humanas, hombres todas ellas, inconfundible el prolongado trazo dibujado entre las piernas. Como el mástil enrojecido que sobresalía del cuerpo de Leonardo.

Algo hermoso lo que vio en aquella caverna, se presentía el abismo del tiempo, la terrible insignificancia de lo humano. El amigo de su padre, gigante de vozarrón de ogro y vocabulario que avergonzaría al carretero peor hablado, decía mientras comían en su casa que no se explicaba cómo hombres que mataban con palos aguzados endurecidos al fuego, hombres de manos como garras que despedazaban la carne sin esfuerzo, fueron capaces de crear obras tan sublimes como las que habían visto.

Fue la madre del futuro médico, antigua monja arrepentida, la recuerda intentando no quedar mal ante la gigantesca ración de *olla serrana* que le habían colocado delante, quien dijo algo que a todos hizo levantar la vista y mirarla, meditando sobre la profundidad de las palabras:

- *No fueron ellos... estoy segura que fueron ellas...*

La luz del día anula las sombras, aleja recuerdos...

Los Mazalinos, Sierra de Béjar, verano 2017